

Javier Barraca

Persona

Del yo al Tú

10



didaskalosliteratura

V Premio
DIDASKALOS
de novela

JAVIER BARRACA

PERSONA

Del yo al Tú

PREMIO V CERTAMEN DIDASKALOS



Primera edición: septiembre 2022

© Javier Barraca

Impreso en España. Printed in Spain

Depósito legal: M-17301-2022

ISBN: 978-84-17185-93-0

Impresión y encuadernación:

Editorial Didaskalos

Valdesqui 16, Madrid 28023

www.editorialdidaskalos.org

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

A Jaime y Jaime, hermano y ahijado, como signo de lo único e irreplicable, aquello que palpita en cada persona.

“(...) las palabras primordiales no significan cosas, sino que indican relaciones (...) La palabra primordial “yo-tú” (...)”

(M. BUBER).

Sumario

	<i>Págs.</i>
I	13
II	14
III	15
IV	16
V	18
VI	20
VII	23
VIII	24
IX	26
X	27
XI	28
XII	29
XIII	33
XIV	34
XV	37
XVI	38
XVII	41
XVIII	44
XIX	45
XX	46

	<i>Págs.</i>
XXI	47
XXII	48
Paréntesis de lectura	49
XXIII	61
XXIV	61
XXV	63
XXVI	65
XXVII	67
XXVIII	70
XXIX	71
XXX	75
XXXI	78
XXXII	85
XXXIII	89
XXXIV	92
XXXV	94
XXXVI	96
XXXVII	101
XXXVIII	105
XXXIX	110
XL	113
XLI	116
XLII	120
XLIII	121
XLIV	123
XLV	128

SUMARIO

11

XLVI.....	132
XLVII.....	135
XLVIII.....	142
XLIX.....	146
L.....	147
LI.....	149
LII.....	150

También yo, como tantos otros, trabajo para Persona.

Disculpa lo lapidario de esta presentación inicial. El motivo se halla en que la escueta información que transmite constituye, en este preciso momento, un dato absolutamente crucial a la hora de comprender mi identidad. De hecho, son muchos los que, hoy en día, piensan: “Dime en qué o para quién trabajas y yo te diré quién eres”. Aunque sé que otros tantos creen que esto es funcionalismo puro y que el funcionalismo constituye una doctrina, una perspectiva de la vida, demasiado materialista o reductora. Un ser humano abarca mucho más que su propia ocupación, sostienen estos: ante todo, importa su vocación...

Sin embargo, Persona no es una empresa corriente. Cuantos la componemos sabemos que nuestras vidas resultarían muy distintas, tal vez incluso opuestas, si no la hubiéramos conocido. Debido a lo precedente, y a que quiero ser completamente sincero en este arriesgado informe que ahora comienzo, he resuelto inaugurarlos de esta lacónica manera.

—II—

Ingresé en Persona mucho más tarde que mi compañero Santiago. Casi podría afirmarse que a su lado soy tan sólo un recién llegado, una especie de advenedizo. Ambos formamos parte de la innumerable pléyade de colaboradores y simpatizantes con que cuenta nuestra todopoderosa organización. Sin embargo, los dos arribamos hasta su ancha playa a través de caminos muy diferentes.

Él tenía varios familiares dentro de la entidad, y estos le animaron desde su adolescencia a incorporarse al grupo. Yo, en cambio, conocí Persona por una vía indirecta. Tras concluir mi doctorado en Filosofía, envié mi curriculum vitae a una institución educativa, que lo remitió a su vez a Persona. Algo, en aquel breve resumen de mi vida, excitó la curiosidad de mis actuales jefes, despertando pujante su deseo.

Todavía recuerdo la sensación que me produjo la primera conversación que mantuve, a solas, con nuestro entusiasta director: José María. Me recibió, jubiloso, casi pletórico, para confirmarme que había sido admitido y transmitirme que se esperaban grandes cosas de mí. Noté, gracias a él, el inconfundible pinchazo interior de un desafío, mezclado astutamente con el sabor agrídulce del orgullo. Desde luego, este dinámico personaje supo encender en mí la chispa del amor propio. ¿Estaría yo a la altura de un reto tan elevado y heroico como Persona? ¿Iba a ser capaz de cumplir, de modo adecuado, todos mis compromisos futuros con la organización?

—III—

Acabo de conocer a Teresa. Es una mujer extraordinaria, leal hasta los tuétanos a nuestra causa. Santiago me la ha presentado de un breve modo cuando nos hemos topado, aparentemente por casualidad, con su atractiva silueta en los pasillos de una de las sedes. Su personalidad entregada y su devoción por nuestra organización aparecen de manera clara a la vista de todos. Con unas cuantas como ella, Persona alcanzaría grandes victorias, me ha susurrado alegre mi amigo.

Tiene el pelo moreno, los ojos azules; un tipo excelente y una expresión intensa. Pero su peculiar belleza no responde a los cánones vulgares de hoy en día. Su atractivo más hondo no reside sólo en lo armónico de su figura o en lo sinuoso de sus formas, sino en el agradable equilibrio y proporción de su cuerpo compacto y prieto, gobernado por un temperamento hermosamente serio.

Algo en ella me atrae de un modo profundo. No sé cómo explicarlo. Tal vez exista una cierta sensualidad en la pasión por un ideal, y Teresa, desde luego, vive con ardor ese sentimiento. Todo su ser queda transfigurado por su activa contribución a nuestra misión. Contagia convicción, mezclándola al tiempo con una jovial dulzura. El aspecto femenino de su cuerpo adquiere un encanto especial, acompañado de sus gestos desenvueltos, de sus palabras decididas, de su temple resuelto.

Me gustaría volver a encontrarme con ella enseguida.

—IV—

En Persona solemos preferir la acción a la especulación. Pues bien: he aquí el momento preciso del actuar. Hasta nuestras sutiles redes se acerca cierto prometedor invitado. Su apresurada figura se asoma, intermitente, entre los cálidos troncos de los árboles que adornan este acogedor final de la primavera en Madrid.

Es un joven de cabello castaño y aspecto corpulento, vestido de traje oscuro, con el ademán característico de alguien poco acostumbrado a este atuendo. Camina deprisa, por la amplia y vacía acera, en dirección a nuestro piso. Puedo observarlo a través del alto cristal del balcón en el que estoy apoyado. Desde aquí, se diría un pececito nadando confiado hacia la compleja malla de nuestras relaciones.

Hace un rato, tras una breve conversación preparatoria, Santiago y yo nos hemos distanciado unos metros en el amplio salón. Mientras yo me situaba junto al ventanal, él se ha mantenido al lado de la pesada puerta blindada, sin apartar los ojos de su noble madera, revelando así una ligera impaciencia. Sincronizados por la expectación, ambos aguardamos el instante en que esta se abrirá.

¡Ya ha llegado! Se escucha el timbre incauto y decidido de su llamada. Es él, sin duda. Mi compañero aprovecha su mayor proximidad y da paso al joven, a la vez que mueve la mano y lanza con ímpetu el peligroso hilo de su caña de pescar... su cálido saludo. Las armas de Santiago son siempre letales: una sonrisa acogedora, un gesto cariñoso, una tierna broma.

Le trata por su nombre de pila, Juan, y sonrío con indisimulada satisfacción ante su visita. Ambos parecen animados.

Permanezco a una discreta distancia de la escena, observando. En un determinado momento, Santiago mira hacia mí con un imperceptible reclamo. He comenzado a andar. Me acerco a ambos. Al llegar hasta a ellos, yo también sonrío y me muestro complacido. Me intereso por la conversación. En mi interior, espero que este encuentro resulte un éxito. Sería muy importante para nosotros contar con la simpatía y colaboración de Juan; y, desde luego, a él mismo le supondría un gran bien ingresar en Persona. Sí, constituiría un verdadero logro para todos, un triunfo.

Santiago y yo desarrollamos una distendida discusión, llena de atenciones para con nuestro tercer interlocutor. Hablamos con dinamismo y amabilidad, exhibiendo una determinación particular, como siempre. A través de nuestros gestos y personalidades tiene lugar el milagro de hacerse visible lo invisible, la sutil naturaleza de Persona, que se despliega ante nuestro invitado por medio de un eficaz protocolo, sembrado de delicadeza y prudencia. Lo que sigue, a partir de aquí, resulta demasiado complejo para detallarlo ahora. Sólo añadiré que, al mismo tiempo que se consuma este sencillo acto, una confusa sensación progresa creciente en mi interior: ¡Qué extraño es todo esto, en el fondo! Formar parte de un encuentro crucial, destinado a cambiar la vida de una persona a la que acabas de conocer. ¿No resulta raro este propiciar un descubrimiento capaz de transformar tanto a alguien, cuando hace apenas un minuto esa persona ni siquiera estaba enterada de tu existencia? Seguramente, en efecto, así es. Pero la verdadera pregunta, la que puede tener la clave que explica este misterio, consiste en algo mucho más oscuro y directo a la par: “¿Qué o quién es, en realidad, Persona, la reservada organización que a través de estas líneas he comenzado a describir?”.

—V—

Estamos dispersos por toda la ciudad. No tenemos una sede única o exclusiva. A semejanza de las caravanas de nubes, la arena del fondo del mar o sus olas, formamos grupos en permanente mutación, de acuerdo con nuestra variable conveniencia. Así, nos servimos de multitud de pequeñas direcciones útiles en las que nos reunimos con periodicidad.

Cada círculo posee su propio lugar de encuentro, acondicionado de la debida manera para realizar las actividades necesarias. El nuestro, el de Santiago y el mío, se sitúa en un magnífico piso reformado de la zona oeste de Madrid, sin que ahora convengan mayores precisiones. (Resulta peligroso anotar, aquí, determinados detalles). A través de sus espaciosos ventanales, puede contemplarse cada tarde el espléndido crepúsculo de la ciudad sobre el verde de la Casa de Campo. Desde ese lugar, el cielo se extiende azul y rojo, en su brillante fulgor del poniente, hacia la refrescante sierra de Navacerrada. Es el mismo cielo que pintaron magistrales Velázquez y Goya. El que celebra, infatigable, la ancestral ceremonia de su propia muerte cada tarde, como nosotros nuestras discretas reuniones.

Creo que lo anterior da una idea de nuestro peculiar carácter interno, sumamente reservado; algunos dirían casi “secreto”. La reserva se refiere a nuestra vida y estructura organizativas, que no nos está permitido revelar salvo casos excepcionales. Esta característica no afecta al reconocimiento público de las actuaciones externas que desplegamos, ampliamente conocidas, y que son comunicadas al resto de la sociedad. Nuestra discreción se dirige, en un inicio, hacia dentro: versa sobre el propio interior, y constituye una propiedad esencial que deseamos preser-

var ya que contribuye a la seguridad de la institución. Este rasgo de nuestro talante nos ha traído a lo largo de la historia graves problemas, pues quienes nos detestan lo han aprovechado para acusarnos de los más horrendos crímenes, so capa de no poder acceder a su capricho a nuestra intimidad. De cualquier manera, a pesar de actuar de forma legal y abierta, completamente legítima, reconocida por los Estados de todo el mundo, es cierto que un toque misterioso sella inimitable nuestra personalidad y funcionamiento. Estos leves rasgos excéntricos nos proporcionan además un simbolismo propio como grupo, un tenor ritual característico que nadie debe confundir con secretismo o hermetismo excluyentes.

No somos convocados en todo el mundo por sistema el mismo día de la semana, como en cambio se acostumbra a hacer en ciertas agrupaciones religiosas, por ejemplo; sino en uno cualquiera que nos es asignado a cada comunidad en concreto. No existe un claro relato objetivo de nuestra organización que señale nuestro origen o dé pista cierta sobre nuestras afinidades colectivas. Nuestra historia está tejida de misterio, leyenda, rumor y la vaga e imprecisa meta del puro progreso. Creemos que el futuro ha de prevalecer de modo absoluto y nunca miramos hacia atrás con melancolía. Jamás celebramos con nostalgia nuestro pasado. De manera que, si alguien quisiera localizarnos a todos juntos, en un mismo instante, a lo largo y ancho del mundo, no podría hacerlo. Nuestros momentos son tan diversos como nosotros mismos. Esto dificulta enormemente nuestra simultánea y universal exterminación, fortaleciendo nuestra resistencia natural a cualquier agresión externa.

—VI—

He estado con ella en el interior de su despacho. Me ha resultado una experiencia profundamente grata, al tiempo que desconcertante por momentos. He tenido la sensación de caminar a lo largo de un fino alambre, sobre un pequeño abismo de secretos y señales implícitas, mientras su mano, tierna y afectuosa, me guiaba a fin de ayudarme a traspasar el vacío.

Santiago me la había presentado informalmente y advertido que resulta habitual el que ciertos elementos, elegidos con esmero por Persona, se reúnan con ella en algún momento preciso, dadas sus especiales responsabilidades y competencias en la organización. Teresa coopera, en efecto, a la función de orientar a los más prometedores de entre nosotros, a aquellos en los que se han depositado mayores esperanzas. Posee el don y el mandato de contribuir a la selección de los sujetos cuyo liderazgo se desea promover internamente. Por eso, ha de mantener una entrevista especialmente delicada y concienzuda con cada uno de ellos, a fin de contrastar y calibrar las cualidades directivas de los mismos en vistas al futuro. En este caso, me ha correspondido a mí el insigne privilegio de servir de modesta cobaya a su minuciosa investigación.

Su mirada penetrante, escrutadora, parecía querer adentrarse en mi interior como para registrar los rincones más íntimos de mi personalidad. Esta especie de juego, entre los dos, en el que tan pronto nos aproximábamos peligrosamente o nos apartábamos, recobrando la obligada distancia profesional, me provocaba una sensación excitante, a la par placentera y ambigua. Su rostro, alegre y al tiempo reservado, resplandecía como

un faro desde la soberbia atalaya de su tronco, en el que mi expectación adivinaba la redondez de unas suaves formas.

De pronto, cierta pregunta suya quebró mis defensas y escudos por completo, como un latigazo brusco e imprevisible salido de lo oscuro: “¿Te molestaría, en algo, tener como jefa última o directa a una mujer?”, me espetó a bocajarro, sin apartar de mí su vista ni tolerarse el más mínimo pestañeo.

Aquel interrogante me resultó violento, cual una colisión frontal e inesperada. Ante el mismo, sentí que todo mi ser clamaba por responderle que desde luego, si esa supuesta jefa iba a ser ella, no sólo no me importaba en absoluto sino que iba a producirme un agudo placer. Obviamente respondí con sutileza: “Todo lo contrario. Me encantaría tener a una mujer como superior. Creo que podría enseñarme muchísimo, me enriquecería. Pienso que sería una experiencia muy interesante. Siempre he admirado profundamente a las mujeres y creo que su talento supone un tesoro que hay que incorporar con decisión en el ámbito profesional”.

Ella dejó escapar una leve relajación en ese instante preciso del interrogatorio, que asomó apenas de entre las comisuras de su jugosa boca. Pareció haberse liberado de una cierta carga, casi física. Sentí que acaso aquella cuestión tan directa, hecha por ella, una mujer, y que lógicamente la implicaba, era un encargo que alguien le había encomendado.

“Bien”, agregó. “No sé si sabías hasta ahora que, en Persona, para progresar en el camino de la dirección o de las tareas de liderazgo, resulta preferente mostrar antes una especial sensibilidad con respecto al principio de igualdad. Casi diría que lo reclamamos, a la hora de acceder a determinados niveles de responsabilidad, hasta

tal grado que llegamos a su extremo, el igualitarismo. Buscamos un compromiso incontestable con la eliminación de cualquier rasgo diferenciador, presente en los grupos humanos. Entre nosotros, todos somos semejantes en todo y nada significativo debe distinguirnos, fuera de nuestros singulares yo e interés, de nuestra propia ambición. Ni razas, ni sexos, ni ideas políticas, ni clases sociales, ni nacionalidades nos separan. Sólo quería anunciarte, para que no te extrañase luego, llegado el caso, que nuestros más altos líderes han de dar un ejemplo señero de esta indiferencia completa hacia cualquier nota identificativa de este estilo”.

Aquel mini discurso suyo, destinado a la formación para el liderazgo en Persona, me supo sencillamente a miel, mientras se deslizaba contenido de entre sus labios. También yo creía firmemente en muchos de los valores que ella acababa de exponer; o, incluso más, también mi persona vibraba hondamente con los principios que parecían emanar desde cada uno de los poros de su morena piel. Un escalofrío de íntimo, de tierno aprecio hacia ella, recorrió cálido mi interior.

Nos miramos con atención, concentrados en el transcurso de aquel lapso de tiempo que se deslizaba entre ambos. Noté que los dos nos reservábamos mutuamente, en algún sentido, para el siguiente encuentro. Nuestro primer intercambio de impresiones pausado había transcurrido, así, con elegancia y destreza mutuas, cual un comedido y sin embargo a la par desenvuelto ejercicio de hábil esgrima. Interiormente, sentí algo similar a un “touché”. Pero no quise otorgar importancia a lo experimentado. Tenía demasiadas cosas en las que pensar en aquel momento de mi vida; por ejemplo, mi inmediato porvenir profesional, mis exigentes actividades laborales y otras personas a las que debía atender.

Me despedí, por supuesto, sin incurrir en la indelicada avidez del que pregunta cuándo volverá a reunirse de nuevo con su sagaz entrevistadora.

—VII—

En los textos antecedentes he ido deslizado la descripción de algunos de los peculiares rasgos de nuestro ser compartido en Persona. Lo he hecho deliberadamente; no a causa de una torpe imprudencia. Quiero mostrar a las claras que nuestra comunidad no constituye, en modo alguno, una entelequia, una pura realidad mental, un ente de ficción. Existe, aquí y ahora; puede actuar y actúa de hecho. Hasta ti, ignota persona que me lees en este preciso instante, no lo dudes, en cualquier punto del mundo en el que te halles, puede alcanzar poderosa su mano en apenas unos momentos. Por eso, guárdate de ella, si es que te opones a sus preclaros y hermosos fines. No lo olvides nunca, ni desprecies jamás este aviso.

Nuestra entidad tiene una dimensión material y una forma propia, forma seguramente única e inimitable. A diferencia de gran parte de lo que nos rodea en la actualidad, su esencia no es en absoluto “virtual”. Persona es una verdadera y real organización no gubernamental. En definitiva, un miembro más de esa numerosísima familia de las ONG contemporáneas. Mas este último dato no iluminará mucho a nadie acerca de Persona, pues son muy diversas, casi irreconocibles entre sí, las instituciones modernas que se amparan hoy bajo la suave piel de cordero de estas siglas. Sin embargo, Persona tiene un carácter por completo irrepetible.

La novela *Persona. Del yo al Tú*, ganadora de la V edición del certamen de novela Didaskalos, narra las peripecias de un entusiasta de los ideales racionalistas, mundanos y relativistas. Vemos una opaca e influyente organización internacional, reservada y elitista, un espejo de nuestra sociedad escéptica. Este sujeto, en su ingenuidad ilustrada, que nos representa un tanto a todos, a través de sus pendulares vivencias en el seno de la institución, se confronta con el intrigante espíritu que anima a esta corporación, a sus conspicuos jefes y al mundo que lo circunda. Se debate entre distanciarse, o no, de ese estilo descarnadamente utilitarista y tomar una senda distinta. Esto sitúa sus relaciones amorosas en una honda encrucijada.



didaskalosliteratura

